

Innombrable

Innombrable

© 2021 por Caryanna Reuven

Primera edición, noviembre 2021

© Arte y diseño de la cubierta de Sara H. Randt

© Edición de Crononauta

www.crononauta.es

info@crononauta.es

ISBN: 978-84-120599-9-1

Depósito Legal: SE 1950-2021

Impreso en Safekat (Madrid) / Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com).

I
N
N
O
M
B
R
A
B
L
E

CARYANNA REUVEN

 **Crononauta**

PRIMERA PARTE

Agente IN.00

Departamento Gubernamental de Bienestar Social.
Aeni, planeta Nurul, sistema Central.
37 de Dekra de 2794. 15:50.

Amnaashalla resopló con disimulo y ahogó un bostezo mientras su cerebro volvía a conectar con lo que Errgan estaba diciendo.

—... ejercer nuestra habilidad sobre aquello que determina la naturaleza de cada objeto o ser existente. Así es como modificamos su estructura, su naturaleza, su esencia misma y, por tanto, su nombre verdadero. Recordemos que el nombre no se limita a la denominación que algo recibe, ya sea propia o dada por otro, sino a todo lo que hace que sea lo que es: desde su estructura atómica hasta el proceso de fabricación, en caso de tratarse de un objeto asiente. O, si hablamos de un sentiente, desde su código genético o informático hasta la misma organización de su consciencia y la percepción que tiene de sí mismo como individuo y la que aquellos que le rodean tienen de él. Incluso cosas que podrían parecer tan triviales como el lugar en el que están en el instante de la renombración.

»Y justo por eso, por ese pequeño detalle, muy pocos agentes pueden renombrar a alguien más allá del huso horario en el que se encuentran. Más aún, solo aquellos con extraordinarias capacidades

mentales son lo suficientemente hábiles para hacer los cálculos matemáticos necesarios a la hora de renombrar fuera de su propio planeta y nunca se ha dado el caso de nadie que lo haya logrado más lejos que la órbita de una de sus lunas, si es que las tienen.

Amnaashalla apretó los labios y miró a su alrededor de reojo, nadie le prestaba atención. Aún no.

«Al menos en esto no soy distinta. Depende del tamaño del planeta, pero mi alcance no llega ni a la mitad».

Contuvo un resoplido. Todas aquellas reuniones de actualización empezaban siempre igual. Entre otras cosas, porque solía haber un novato a quien instruir, al menos durante el último año. Amnaashalla empezaba a pensar que los traían a propósito hasta Aeni solo para poder tener la excusa de volver a repetir lo mismo una y otra vez. En cualquier caso, el discurso de Errgan era tan aburrido como de costumbre. Seguramente su jefe no comentaría nada interesante hasta el final de la exposición, si es que había alguna novedad.

«Y si hay algo», se dijo con hastío, «no será nada relevante, salvo que haya surgido otra mutación como la mía y los cerebritos estén revisando de nuevo todas esas cosas que creen saber, pero de las que, en realidad, no tienen idea».

—Debo recordarles en este punto, agentes, que nadie ha sido capaz de renombrarse a sí mismo hasta la fecha, así que no lo intenten. Lo único bueno que sacarán es un dolor de cabeza o, lo más probable, una embolia..

«Bla, bla, bla...».

Cellion suspiró de nuevo e, incapaz de contenerse, se empezó a enfadar al sentir cómo las miradas del resto de sus compañeros se volvían hacia él. Como era habitual, las ignoró. Siempre pasaba lo mismo. Cada. Maldita. Vez.

«Sí, sí. Ya lo sé. Todo el mundo lo sabe. Yo soy la excepción. Vosotros lo sabéis, yo lo sé. Lo que tú digas, jefe. Ojalá no insistieras en ello cada vez que nos convocas».

—Del mismo modo, no toda renombración se puede deshacer. Las más habituales siguen siendo las mentales, motivacionales y psicológicas. También las más seguras y que mayor porcentaje de reversión exitosa alcanzan, a diferencia de las genéticas o de código.

Somos conscientes del enorme potencial de este tipo de técnicas y de la tentación que puede suponer para un agente novate. —Errgan fulminó con la mirada a la agente no binaria que se había incorporado a la agencia el mes pasado y cuyo nombre ni siquiera recordaba. Cellion sintió una pena fugaz por el pobre chique, pero se le pasó rápido; todos habían sufrido esa mirada del jefe en la primera reunión, justo en aquel mismo punto del discurso—. Los riesgos que entraña son infinitamente mayores que los del resto de renombraciones.

»Un error y podéis descubrirnos ante un agente enemigo cuando menos lo deseáis. Un error y mutilaréis a alguien de forma no intencionada. Un éxito y mutilaréis a alguien de la forma deseada, pero será ilegal. La renombración genética o de código solo está autorizada a unos pocos especialistas con habilidades y conocimientos específicos y, además, requiere la aprobación del curso correspondiente...

Otra vez las miradas sobre él. En su espalda. ¡En su rostro! ¿Es que no podían dejar de mirarle la cara? Por suerte, esa vez no vinieron acompañadas de ningún cuchicheo. Cellion deseó poder levantarse y atizar a todas las personas que le observaban. Por desgracia, era imposible, así que, en vez de eso, centró toda su atención en el terminal de proyección que tenía justo al lado, para intentar no ser el especial, el raro, el que podía hacer cosas que los demás no eran capaces ni de soñar. El afortunado.

Dejó de prestar atención a Errgan y a su diatriba sobre las renombraciones no reversibles, esas que ocurrían cuando te destrozaban tanto el ADN que era imposible de reconstruir y que afectaban casi siempre a las células del cerebro. Ya se lo sabía de memoria. Muchos de sus compañeros también.

Muchos habían sido testigos de sus efectos.

Algunos, los más afortunados, incluso habían sido víctimas de ellas y estaban todavía vivos para contarlo.

Apretó los dientes.

«El proyector. Ibas a hacer algo con él, ¿no? Pues ponte a ello. Ignora a Errgan. Total, para lo que está contando».

Aquel aparato que tenía a su diestra era gris, burdo, aséptico, soso... Aburrido. No estaba pensado para agradar a nadie, igual que la charla de Errgan. Tan solo había sido diseñado para cumplir con

el sencillo objetivo de proyectar los holos del emisor en aquella sala, y así era como el resto de sus compañeros de la agencia asistía siempre a las reuniones. a distancia, sin necesidad de comparecer en persona. Él, a diferencia de todos los demás, tenía el proyector apagado porque nunca lo usaba. Podía ir físicamente a donde quisiera sin correr ningún riesgo. No necesitaba ese tipo de protección.

«Podrían hacerlos más bonitos y no tan horribles. Ya, sí, por supuesto, claro que sí. Solo que sería un gasto de diseño estúpido que no aportaría nada. Pero...».

Entrecerró los ojos grises sin dejar de mirar el proyector. Parpadeó una, dos veces, ajustando su visión, y adentró su consciencia en las diminutas piezas que conformaban el aparato. Estaban hechas de plástico y aleaciones complejas, resistentes a casi todas las fuerzas conocidas. A casi todas. No a la que él iba a emplear. Mercal esbozó una sonrisa y se internó más aún en aquella estructura artificial. Había chips, cables, nanomateriales, placas diminutas con marcas empresariales y sellos de fabricación. Las examinó todas. Se conectó a la net planetaria y buscó información sobre el número de serie y el modelo del proyector, sobre las compañías que habían intervenido en su fabricación, desde las que extraían las materias primas hasta las responsables del montaje final. Luego se hundió más aún, analizando la estructura molecular de cada una de las partes hasta tener, por fin, una imagen del todo, el nombre verdadero.

Y entonces lo pronunció en un susurro, letra a letra, significado a significado y... lo alteró. Primero, reordenó tan solo los átomos que conformaban su carcasa y modificó la estructura externa del proyector para hacerla más fluida. Después no fue complicado cambiar y desestructurar los átomos de estroncio que formaban parte del color hasta dejar solo los de cobre. Cuando acabó, reordenó los enlaces atómicos de las moléculas para estabilizar la nueva capa de color.

El aparato onduló, se hizo más estilizado, su superficie pareció rebullir y, donde antes solo había ángulos opacos de aspecto ceniciento, aparecieron agradables formas redondeadas de un brillante tono rojo. Todo el proceso apenas le llevó unos segundos.

Un divertimento. Una tontería. Un juego. Nada complicado si se comparaba con una alteración sentiente.

Sonrió y asintió para luego acariciar con sus rechonchos dedos la suave superficie metalizada. Un éxito bello y perfecto...

—Y es por eso por lo que toda alteración no autorizada debe ser perseguida por la ley, dado que contraviene el primer artículo del Reglamento de la Comisión Planetaria de la Federación 8931/2765. ¿No es así, agente IN.00?

Aquella pregunta, pronunciada en un tono más alto por su jefe, le sacó de golpe de su ensoñación. Mercal mostró los dientes en un gesto de desagrado, sin un ápice de arrepentimiento, y devolvió su atención a Errgan, que ahora le miraba con un disgusto mal disimulado.

Vaya, mala suerte. Le habían descubierto antes de lo que pensaba.

«Bueno, nada que no supiera que fuera a pasar», reflexionó, entrecerrando los ojos grises con cierto fastidio. «Solo que ahora todo el mundo me vuelve a mirar y justo estoy cambiando».

Aghive se encogió de hombros sin hacer el más mínimo intento por estabilizarse. No era que no estuviera acostumbrado, después de todo, pero seguía siendo molesto. Así se resaltaba lo diferente que era, lo anómalo. «Le mutante», como susurraban cuando creían que no los podía oír.

—¿No es así, agente IN.00? ¿Acaso tengo que repetírselo por tercera vez?

Aghive apretó los labios finos y delgados con irritación y se puso en pie para cuadrarse ante Errgan todo lo que daba de sí su corta estatura.

—¡Así es, señor! ¡Ningún agente puede realizar alteraciones no aprobadas de nombres verdaderos! ¡De acuerdo con el Reglamento CPF-8931/2765, toda renombración debe ser solicitada previamente al Departamento de Defensa y solo en caso de existir una autorización acreditada de un superior podrá un agente proceder! En el resto de los casos, se considerará una infracción del código ético del departamento y se abrirá un expediente disciplinario al agente que lo haya infringido. La renombración sin autorización previa solo se autorizará en casos de fuerza mayor durante el ejercicio de nuestro deber en misiones de campo, donde...

—¡Ya sé que se sabe las reglas, agente IN.00! —le cortó Errgan con un gesto impaciente de la mano—. ¡Ya lo sé, por todos los nombres

verdaderos! ¡Solo quiero que las cumpla, no que las recite! —El hombre resopló con furia mal contenida y le ordenó volver a sentarse. Sin embargo, no le obligó a renombrar el proyector de vuelta a su estado original.

Aquel detalle hizo que Prikaya sonriera para sus adentros —estaba claro que a su jefe tampoco le gustaba demasiado tanta austeridad — y obedeció con una simple inclinación de cabeza. Pese a todo, no pudo dejar de notar cómo los ojos del resto de sus compañeros seguían cada uno de sus movimientos como si fuera una estrella que nadie sabe cuándo va a convertirse en nova.

«O como si fuera una renombradora no indexada, más bien. Alguien a quien temen y de quien desconfían... Y a quien envidian».

Porque era consciente de que, en el fondo, muchos de sus problemas en la agencia se debían a sus peculiaridades, por llamarlas de alguna forma.

—¡Ahora —tronó el vozarrón de Errgan—, si la, el, le, lo agente IN.00 nos hace el inmenso favor de volver a la realidad de esta sala — Prikaya hizo una mueca al escuchar aquel deliberado insulto por parte de su jefe cuando añadió el «lo» y se obligó a sí misma a mirar al frente y a fingir que prestaba atención—, continuaré explicando la situación actual entre la Federación y la Unión!

Ya estaban de nuevo con eso. Igual que ocurría con el estado del arte de la renombración, no había ni una sola reunión en la que no trataran la Guerra Fría. Y las noticias eran siempre las mismas. Nada ha cambiado.

Las lunas del sistema Ramaina seguían resistiendo el bloqueo de comercio espacial al que las tenían sometidas y no dejaban de llegar rumores sobre la existencia de agentes de la Unión infiltrados allí que estarían evitando que todos aquellos idiotas murieran de hambre y se rindieran, alargando así el conflicto. Igual que ellos tenían los suyos, por supuesto, y todo lo que se hacía se deshacía con la misma rapidez. Así que todo seguía igual. Ningún bando tenía pruebas más allá de eso y, si los agentes enemigos eran la mitad de buenos que ellos, nunca las conseguirían.

Prikaya puso los ojos en blanco a medida que Errgan desglosaba punto por punto la supuesta ubicación, en los sistemas aliados de la

Unión o en los neutrales al conflicto, de todos los agentes enemigos cuyo paradero creían conocer. De pronto, un punto rojo destelló sobre el holomapa estelar de Errgan, casi en pleno centro del espacio de la Federación, el sistema Xhing-an. Para su sorpresa, apareció una decena más de sitios dentro de sus fronteras donde los agentes de Inteligencia creían haber avistado renombradores de la Unión.

«¡Por todos los nombres! ¿Qué está...?». Se maldijo a sí misma y alteró sus patrones mentales para aumentar su concentración. Si, tal y como parecía, había un repunte en las posibles infiltraciones, puede que la Unión fuera a lanzar una ofensiva. «Y eso puede ser malo. La peor noticia posible».

Su creciente temor se vio confirmado cuando Errgan comenzó a arengarles sobre los protocolos a seguir en caso de un ataque con armas genéticas o, lo que era peor, con renombradores.

Prikaya se estremeció y sus manos cambiaron de color. Su piel pasó de un tono crema claro a un marrón muy oscuro de reflejos fríos, para luego volverse blanquecina de nuevo, hasta que la forzó a estabilizarse en algo intermedio de color cobrizo.

—La única defensa real posible contra un ataque así —prosiguió Errgan— es intentar contrarrestar el problema en su origen. Esto es, desactivando al agente enemigo antes de que ataque. Para eso es imprescindible conocer su nombre verdadero. Y por ello debemos volcar todos nuestros esfuerzos en esa tarea de prevención, obtención de información y en las pruebas con semiclones que nos sirven para confirmar si hemos descifrado el nombre de algún agente enemigo. Salvo que entren en juego otros factores y sea imperioso obtener código sobre el terreno para poder desactivar a un renombrador, no nos pondremos en marcha en una misión de campo antes de tener el nombre verdadero. Les recuerdo de nuevo que renombrar no es algo que podamos hacer a años luz de distancia. Siempre implica el riesgo de ser descubierto y capturado.

«Sí, sí, sí, ya. ¡Deja de divagar y ve a la raíz, jefe! ¿Qué está pasando, además del repunte de sospechas de avistamientos para que de pronto insistáis en esto?». Ejaz se toqueteó la mejilla con un elegante dedo índice acabado en una larga uña pintada de negro. «¿Estáis pensando en misiones de campo para desactivar agentes nombrados?»

¿O en otra campaña de infiltraciones como la de hace diez años para buscar código en físico? ¡Por todos los nombres! Eso solo sirvió para desencadenar la Masacre Nominal. Fracasamos, nos descubrieron, se filtraron miles de nombres, la diplomacia se fue a la mierda y casi conseguimos que estalle una nueva guerra. Y por eso ninguno de los otros agentes, salvo Errgan, está aquí físicamente. No confían ni en nuestro propio gobierno o, mejor dicho, en su personal de limpieza o en quien sea que destruya luego los residuos que se generan en esta habitación. ¡Por eso exigieron el borrado de su identidad de la base de datos, por todos los nombres! Odian dejar su ADN por ahí, odian dejar cualquier rastro que el enemigo pueda usar en su contra».

Errgan pasó a mostrarles entonces un holo con los últimos datos que habían logrado recopilar sobre los agentes que conocían, sospechaban que existían o cuya secuencia genética se había descifrado casi de forma exclusiva después de aquella desastrosa campaña. Ahora, siempre que podían, usaban drones o piratas informáticos. No había intervenido ni un solo renombrador en persona desde hacía diez años. Eran demasiado importantes como para arriesgarse a que fueran descubiertos, descifrados y renombrados. Tenían el nombre verdadero casi completo de algunos de los agentes que Errgan les mostró; de otros aún no habían obtenido siquiera la confirmación de su existencia real.

Oibara miró a su alrededor con disimulo mientras Errgan seguía hablando. Sus compañeros prestaban atención con inquieta fascinación. Percibía su tensión y miedo con total claridad, pese a que no eran más que proyecciones. Tenían los ojos entrecerrados, los hombros rígidos. Un par incluso parecían estar sudando.

Sabía lo que se estaba preguntando cada uno de ellos en aquel preciso instante.

¿A quiénes estarían a punto de renombrar? ¿Quiénes perderían sus habilidades durante el tiempo suficiente como para ser asesinados o quiénes se limitarían a dejarlo todo y quitarse la vida? ¿Cuándo ocurriría? ¿Ahora? ¿Mañana? ¿Dentro de muchos años? ¿Tal vez nunca? ¿Tal vez ya había ocurrido y ni siquiera lo sabían y se habían transformado en agentes durmientes?

Oibara se miró las manos mientras estas cambiaban y fluían, siempre variando, nunca iguales, más rápido cuando no se concentraba en mantenerse estable o cuanto más nerviosa se sentía, y trató de comprender lo que era saberse tan vulnerable, ser consciente de que tu próximo aliento bien podría ser el último. Él no era capaz de hacerse a la idea. Ella no podía ni imaginarlo. Elle jamás podría experimentarlo.

Porque él, ella, elle no tenía nombre verdadero.

— oOo —

Zaky se puso en pie cuando todos los proyectores de la sala se apagaron y se conectó a la net de la agencia, tal y como les había ordenado Errgan antes de dar la reunión por concluida y salir por la puerta como si tuviera prisa, igual que siempre. No tardó en recibir en su implante de identidad la amonestación oficial por la renombración no autorizada que había realizado, seguida de todos los datos sobre su nueva misión. Ignoró la primera y abrió los archivos de la segunda mientras abandonaba la sala y recorría el pasillo bajo la curiosa mirada de todos los funcionarios que colonizaban el edificio gubernamental.

Era una misión extraplanetaria.

«Así que al final se trata de esto. Nos van a movilizar». Zaky chasqueó los labios. «¿A todos? Si es así...». Sacudió la cabeza y continuó leyendo el resto del archivo. «Investigar una posible infiltración de agentes de la Unión en el sistema Xhing-an. Cambios leves en el gobierno que podrían atribuirse a la presencia de uno o varios renombradores, posiblemente con el apoyo de múltiples agentes físicos recabando datos *in situ*. Grabaciones, impacto, listado de desapariciones...».

Una figura en el pasillo captó su atención. Estaba un poco más adelantada y hablaba con Akame, el secretario de Errgan, un joven del Departamento de Inteligencia que conocía de vista. El hombre que lo acompañaba era bastante mayor, de pelo cano pulcramente recortado y piel oscura tirando más a dorada que a marrón. Anodino. Poco interesante... Salvo por sus ojos azules, que estuvieron a

punto de dejar a Zaky paralizado. Había algo extraño en ellos que no podía identificar, era casi como si, como si...

«Como si tuviera que recordarlos. Pero no lo he visto en mi vida». Según se acercaba a él, se fijó en la placa del pecho y en la banda de color rojo que decoraba la parte superior. «Jefe de Inteligencia de tercer grado. Uno de esos tipos raros que apenas salen de sus cubículos. Eso podría explicar por qué no me suena y por qué me mira así. Aunque... Siento que tendría que conocerlo».

El hombre se acercó más a su interlocutor y se puso a susurrarle algo en el oído sin dejar de observar a Zaky de modo inquietante. Una de las luces que había sobre ellos parpadeó y el súbito destello le provocó una punzada detrás del ojo derecho, casi como si le estuviera a punto de dar una migraña. Contuvo un gruñido y se frotó la ceja, al tiempo que se renombraba para que dejara de molestar.

Suspiró, y la sensación de que debería saber quién era aquel hombre se esfumó tan pronto como había venido. Solo sería otro funcionario más. Uno de tantos; después de todo, no era la primera vez que alguien le miraba de aquella forma.

«Ni la primera, ni la segunda, ni la tercera...». Nekan sacudió la cabeza. Estaba acostumbrado a esos gestos, a ser la comidilla de todos en los pasillos y en la cantina.

¿Es ese? Sí, lo es. No le mires mucho, que es de mala educación. Aun así, es fascinante. Da miedo. Me desconcierta. No sé cómo tratarla. Es necesaria, es nuestra mejor arma. Es una gran agente. Viene poco, no te preocupes. ¿Cómo podemos tener a un monstruo así entre nosotros? ¿De verdad que no tiene nombre? ¿Qué pronombre debe preferir ahora? Es decir, mira, ahora es una mujer, ahora un hombre, cis, trans, agénero, andrógino, ahora gordo, delgada, alte, de piel clara, oscura, con pecas, sin ellas, lunares, verrugas, pelo blanco, rubio, negro, rizado, liso, hirsuto... ¿Es cierto que puede ser incluso verde o morado? ¿Puede variar su edad?

Nekan suspiró con resignación e hizo un esfuerzo por mantenerse constante como Nekan, un agénero negre, alte; de músculos fuertes y definidos y cabello rizado de color azabache; bisexual y de talante tranquilo. Un aspecto normal y corriente. Nada llamativo.

Nada fuera de lo normal. Todo por la tranquilidad de sus compañeros de la sección de Inteligencia.

Seguro que el hombre mayor no le había visto nunca y su aparición lo habría pillado por sorpresa; presenciar por primera vez cómo alguien variaba constantemente de aspecto, fluyendo sin cesar de una identidad a otra, tenía que ser muy confuso, por no mencionar la palabra «asqueroso», como había oído decir a algunas personas. Eso era todo.

Se cruzó con el señor mayor y el secretario de Errgan, los saludó con una cortés inclinación de cabeza y continuó caminando hacia las escaleras y de ahí a la salida del edificio mientras terminaba de repasar los datos sobre su misión.

Sin variar su forma física, Nekan alteró su identidad de modo sutil, mejorando sus procesos cognitivos para poder retener el mayor número posible de datos en su memoria y fijarlos. Necesitaría recordar de un modo más eficaz a nivel orgánico si iba a ir a Xhing-an. Aquellas colonias no permitían implantes tecnológicos de ningún tipo, solo modificaciones biológicas puras. Tendría que extraer su interfaz y prescindir de ella durante todo el tiempo que durara aquella misión, recurriendo solo a primitivas unidades externas portátiles y a terminales fijos. Por eso se la habían adjudicado a él. Era una misión que requería no solo ir en persona, sino también hacerlo sin apenas apoyo informático, y él era el único agente dispuesto a aceptar algo así.

Inhaló con fuerza y salió con paso decidido de las instalaciones de la agencia, al mismo tiempo que volvía a dejar que todo cuanto conformaba su ser fluyera. Solo que, para no llamar la atención y desvelar quién era en realidad, lo hizo a un ritmo lo bastante lento como para que nadie se diera cuenta de lo que ocurría.

Después de todo, eso era lo que era, quién era, su misma naturaleza, le, la, el agente IN.00. Innombrable.00. Sin nombre. Imposible de ser renombrado, renombrada, renombrade. El, la, le primere agente de su tipo. También el, la, le único.

Parque Cūriyaṇiṇ.
Aeni, planeta Nurul, sistema Central.
37 de Dekra de 2794. 18:50.

Mientras caminaba bajo la luz del sol artificial que iluminaba la gigantesca gruta donde estaba construida la ciudad, conectó su interfaz y llamó a sus madres. Tenía que cancelar la comida que tenía con ellas dentro de dos semanas, porque ya no estaría en Aeni. No podría decirles la verdad, era consciente de ello, pero, dado que también trabajaban para el gobierno, sabía de sobra que entenderían muy bien su silencio.

Hubo un trino y casi de inmediato un holograma se desplegó ante sus ojos, tan translúcido que no molestaba. En él aparecía el torso de su madre Praveena, de cabello corto y oscuro, ojos verde esmeralda y la piel de color bronceo. Saon sintió que algo muy dentro de su pecho se calentaba con solo ver sus facciones anchas y redondeadas, siempre amables y con una perpetua sonrisa en los labios.

—Mamá —saludó, con un suave asentimiento de cabeza.

—¡Hola! ¿Qué tal estás? ¿Cómo te llamo ahora?

—Saon, en este momento soy Saon, con pronombre femenino. ¿Necesitas algún dato más?

—¡No te preocupes, así es perfecto! Por cierto, cariño, me encanta cómo te queda esa piel cobriza y el pelo rubio. Bueno, y todos tus otros aspectos, no pienses que no. Saon entonces, ¿eh? —Miró hacia un lado e hizo un gesto señalándose el ojo derecho y vocalizó algo que Saon no entendió. Su otra madre, Vanda, se conectó a la llamada casi de inmediato.

—¡Ey!

—Ey, mami.

Vanda se echó a reír a carcajadas y sus rizos rojizos, que llevaba sueltos en el lado de la cabeza que no tenía rapado, se agitaron como si tuvieran vida propia. El color de su piel era muy pálido, tanto que casi se le veían las venas, y tenía los ojos de un brillante gris azulado. Allí donde Paraveena era rellenita y llena de curvas, Vanda tenía músculos marcados y bien definidos. El calor que se alojaba en el pecho de Saon creció un poco más al ver que su otra madre también sonreía.

Las quería a ambas con locura. Por cómo la habían cuidado y amado pese al extraño bebé que habían sacado del hectoútero, por la forma en que la habían protegido de todo mal cuando el gobierno se interesó por ella, pero, sobre todo, por ser quienes eran: sus madres. Las mejores madres que nadie podía desear.

—¡«Mami»! ¡Hacía años que no me llamabas así! —protestó la mujer pelirroja, haciendo un mohín del todo falso con los labios—. ¡Qué poco original! ¿Qué ha sido de Vanda, madre uno, madre dos, mamá roja o todas esas otras cosas que se te ocurrían antes?

—Pues que he crecido, Vanda, aunque no lo parezca. Y que ahora, como Saon, tengo un sentido del humor raro, parece.

—¿Y a mí no me llamas Praveena? ¿Solo madre? Me siento... ofendida, Saon —intervino la otra mujer, llevándose la mano al pecho y fingiendo un enfado que realmente no sentía.

—Ya, ya, basta, no me agobiéis. Os quiero a las dos, mamá Pravi y mamá Vandi. ¿Os gusta más así?

Las dos mujeres se echaron a reír y se miraron la una a la otra en la proyección.

—Sí, así está bien, ¿no crees, Pravi?

—Claro que sí, querida Vandi, es perfecto.

Se volvieron hacia ella y ambas, casi como si se leyeran el pensamiento, frunció el ceño a la vez.

—No es una llamada social, ¿verdad? —dijo Praveena—. No estando donde estás. Reconozco los árboles de ese parque como si los hubiera creado yo.

Vanda asintió con seriedad, coincidiendo con su pareja, y se rasgó la parte afeitada de la cabeza.

—Más o menos. —Saon esbozó una sonrisa de medio lado y se encogió de hombros—. No podré ir a comer como os prometí, tengo mucho trabajo y ya sabéis cómo funciona esto. Os volveré a llamar cuando acabe con todo y, si os parece bien, podréis venir a casa. Yo cocino.

Vanda entrecerró los ojos y Praveena se limitó a quedarse con el semblante inexpresivo, sin el más mínimo atisbo de su habitual sonrisa. Tras un largo momento de silencio, primero una y luego la otra asintieron con mucha lentitud.

—Entiendo —susurró Praveena.

—Sí —secundó Vanda—. Solo espero que escojas una buena receta y una buena identidad que sepa preparar algo digno de tus mamis.

—Nada de pedirle a tu sistema doméstico que lo haga por ti, cariño.

—Si no, no aceptamos.

Saon notó cómo un nudo en sus entrañas, del que no había sido consciente, se distendía al escuchar aquellas palabras y asintió con rapidez.

—Lo prometo, aprenderé a hacer algo solo por vosotras, ya sabéis que no me aparecen los conocimientos de la nada con solo fluir. No es como si vinieran en un lote genético e intelectual.

—Claro que sí, cariño.

—Por supuesto, amor.

—Vale. Es una promesa, entonces. Esto... Os tengo que dejar ya, ¿vale? Tengo mucho que hacer los próximos días y no sé si...

Vanda sacudió una mano como si espantara un insecto y Praveena le lanzó un beso a través de la proyección holográfica.

—Sí, venga, venga, no te entretenemos más.

—Te queremos, Saon, un beso enorme y un abrazo. Espero que te vaya muy bien en ese trabajo.

—Eso, que vaya bien y que acabes pronto.

Saon sonrió y también fingió besarlas a través de la distancia y los holos.

—Os quiero mucho a ambas —murmuró, y luego desconectó la llamada sin esperar a ver la cara de sorpresa y preocupación que aquellas palabras generarían en sus madres.

«Tal vez eso ha sido excesivo. No se lo digo muy a menudo, pero... Pero precisamente por eso tenía que hacerlo hoy».

Porque el hecho de que Errgan y la agencia estuvieran movilizándolo tal vez a gran parte de los agentes la llenaba de inquietud. No solo no era normal, sino que podría indicar que se avecinaban cambios a gran escala en toda la Federación y en el equilibrio que mantenían con la Unión. Cambios que podrían no ser para bien y se convertirían en precursores de una nueva guerra.

«Y si no te enteras de qué están haciendo con los demás no vas a poder dormir en toda la noche. Te conozco, me conozco».

Miró la hora y apretó los gruesos labios en un mohín de frustración. Era pronto; un poco demasiado, quizá, pero no le resultaba inconveniente.

«Bueno, ¿a quiénes me puedo acercar para ver si tienen alguna misión parecida a la mía? A la mayoría no, no sería prudente. Sin embargo, hay algunos que... Sí, tendrán que ser algunos de esos. Huummmm».

¿A cuántos agentes conocía con los requisitos necesarios? Bastantes. ¿A los que pudiera convencer para que le dijeran algo sin decírselo? Menos. ¿En quiénes confiaba lo suficiente para el tipo de acercamiento que tenía pensado? Aún menos. ¿Que confiaran en ella como para permitirle acceder a su casa y a su ADN? Poquísimos. Aunque sí algunos. Los suficientes.

«Marg y Fareeha, por supuesto, me deben más de un favor. Agatea e Itzal siempre se han querido acostar conmigo por el morbo y les caigo bien, tal vez pueda cumplir hoy sus sueños y, a lo mejor, si todo va bien, se les suelta la lengua en la cama. No lo creo, pero siempre es una posibilidad. Zhong-Mao y Brice... Confían en mí como ningún otro y ya hemos sido amantes en el pasado». Asintió para sí mientras los iba enumerando uno a uno, trazando un plan para sonsacarles información. «En cualquier caso, si todo sale mal, siempre puedo beber con ellos hasta que acabemos borrachos perdidos, aunque no sirva para que desembuchen todo lo que saben. Siempre viene bien hacer estas cosas antes de irnos de excursión. Luego ya no podremos».

Terminó de cruzar en silencio el parque que había ante el edificio de la agencia, pensando y analizando de forma distraída los datos de su propia misión. Una vez en el otro lado, en lugar de coger el tren SEM que la acercaba a casa, pidió un Aev para visitar a algunos de sus compañeros renombradores. Iba a ser una noche muy larga. Solo esperaba que también fuera satisfactoria y compensase la resaca que seguramente tendría al día siguiente. Siempre que bebía demasiado le dolía la cabeza y se despertaba hecha un trapo.